

Los españoles en México, desde su llegada, se dedicaron a la explotación de las riquezas del país, sin tener en cuenta el bienestar de los mexicanos. Durante los siglos de la dominación española, la explotación de las inagotables riquezas de este país, fué privilegio exclusivo de los conquistadores. Cuando México recobró por fin, después de una larga y sangrienta lucha, su independencia, tomando asiento entre las demás naciones soberanas, su primer paso fué, el de abrir anchamente las puertas de la República á la inmigración europea, llamando é invitando á los extranjeros á que viniesen á gozar con los naturales de su hermoso clima, de su cielo siempre límpido y azul, de su vegetación exuberante, de la prodigiosa fertilidad de su suelo, y de las ricas venas de metales preciosos que encierran sus montañas, á gozar, sobre todo, de una libertad amplia, y de una igualdad completa con los mismos habitantes del país.

Durante los tres siglos de la dominación española, la explotación de las inagotables riquezas de este país, fué privilegio exclusivo de los conquistadores. Cuando México recobró por fin, después de una larga y sangrienta lucha, su independencia, tomando asiento entre las demás naciones soberanas, su primer paso fué, el de abrir anchamente las puertas de la República á la inmigración europea, llamando é invitando á los extranjeros á que viniesen á gozar con los naturales de su hermoso clima, de su cielo siempre límpido y azul, de su vegetación exuberante, de la prodigiosa fertilidad de su suelo, y de las ricas venas de metales preciosos que encierran sus montañas, á gozar, sobre todo, de una libertad amplia, y de una igualdad completa con los mismos habitantes del país.

CAPITULO I.

LOS ESTRANEROS EN MEXICO.

Durante los tres siglos de la dominación española, la explotación de las inagotables riquezas de este país, fué privilegio exclusivo de los conquistadores. Cuando México recobró por fin, después de una larga y sangrienta lucha, su independencia, tomando asiento entre las demás naciones soberanas, su primer paso fué, el de abrir anchamente las puertas de la República á la inmigración europea, llamando é invitando á los extranjeros á que viniesen á gozar con los naturales de su hermoso clima, de su cielo siempre límpido y azul, de su vegetación exuberante, de la prodigiosa fertilidad de su suelo, y de las ricas venas de metales preciosos que encierran sus montañas, á gozar, sobre todo, de una libertad amplia, y de una igualdad completa con los mismos habitantes del país.

Acudieron á este llamamiento multitud de europeos, y se vieron recibidos por los mexicanos con franca hospitalidad, con verdadera simpatía, demostrando estos tanta modestia, que solo lo que venia de léjos, del extranjero, de la Europa, les parecia de algun valor.—Solo respecto á los españoles se hacia, como era natural,

en aquella época, una escepcion, pues todavía estaban demasiado frescos los recuerdos de los actos de opresion y crueldad que habian cometido en el pais.—El simple título de extranjeros equivalía entonces, y equivale aun hoy dia en muchas partes de la República, á un certificado de profundos conocimientos y de una instruccion vasta y sólida.

Los mexicanos todavía se parecen en algo á los antiguos aztecas, que creian ver en cada hombre que venia del otro lado del Atlántico, á un hijo del sol, á un ser superior.

Pero esta modestia, esta desconfianza que tenian los mexicanos en sus propias luces, debia traerles muy tristes consecuencias.

Los europeos que emigran de su pais, pueden dividirse en dos clases: unos se dirigen á lejanas regiones, con el único obgeto de ganar en ellas dinero; otros—y por desgracia no representan sino un guarismo comparativamente muy insignificante—buscan un campo mas vasto que el que les ofrece su pais natal, para egercitar sus fuerzas, sus facultades, sus talentos. En las sociedades europeas todo está tan poblado, tan arreglado, tan completamente organizado, que no hay lugar para distinguirse por medio de sus trabajos, ni de abrirse por sus propios esfuerzos un camino hácia un brillante porvenir; apénas hay aire que respirar. Como dice la leyenda alemana: “todo allí tiene dueño,” y el mismo Dios, para consolar al poeta que habia llegado tarde, y se encontraba escluido del reparto general, no pudo hacer por él otra cosa que ofrecerle su propio cielo para que viviera allí con él.— ¡Cuántos talentos, que en otros paises hubieran sido la gloria y dicha de una nacion entera, mueren en Europa desconocidos en una miserable bohardilla!

Desgraciadamente los extranjeros que pertenecen á la segunda categoría, no forman en México sino raras escepciones, y éstos, si se hacen leales y adictos amigos de su nueva patria; la mayor parte son de la primera clase. Avidos de oro, no les importa nada el pais de donde lo sacan. Riquezas quieren, para retirarse con ellas lo mas pronto posible á Europa, y disfrutar allí de todos los goces que aquellas pueden proporcionar; pero no buscan una patria nueva, no han traído consigo á sus penates,

no piensan formar aquí nuevos hogares. Quieren esplotar el pais, como antes lo han hecho los españoles, y poco se cuidan en servirle, mucho menos en amarlo. Son aves de paso, y se consideran en la República como en un destierro, del cual tratan de huir tan luego como sus arcas estén llenas de dinero.

Muy incompletamente se ha realizado, pues, la esperanza de Zavala, quien escribió en el año de 1831: “Pocos son los extranjeros, que despues de haber hecho grandes ganancias permanezcan en el pais, y se enlacen con familias mexicanas. Parece que se miran en él como en tiendas de campaña, para levantarlas luego que hayan concluido sus asuntos. En este punto debe esperarse mucha mejora con el tiempo.”

Hasta las guerras civiles, tan funestas para los mexicanos, suelen convertirse para esa clase de extranjeros en medios de lucrarse, pues les proporcionan la oportunidad de esplotar sin remordimientos ni vergüenza la rica mina de las *reclamaciones*, cuyas fatales consecuencias las estamos palpando ahora mismo.

Además el concepto demasiado lisongero, y por esto erróneo, que tienen los mexicanos de los extranjeros, se ha convertido poco á poco en pretension injustificable y absurda de superioridad por parte de éstos últimos.

Segun el carácter de la nacion á que pertenecen, buscan diferentes fundamentos en que apoyarla.

Unos, acostumbrados á escribir siempre su YO con letra mayúscula, se creen de una raza privilegiada, porque su cutis es blanco en lugar de trigueño, su pelo rubio en lugar de negro; otros se envanecen, porque tienen á Paris por capital, aunque hayan nacido en la Auvernia, y á un Napoleon I en su historia, aunque nunca hayan manejado mas que el peine y las tigras; otros que por casualidad han nacido de padres protestantes, miran con alto desprecio al mexicano por ser católico, y se consideran muy despreocupados, porque Martin Lutero quiso suprimir á la Virgen, á los Santos, al Papa, y á cinco de los siete sacramentos—pero cuidado con quitarles los dos restantes!—y profundos filósofos, porque Kant y Hegel y Schelling escribieron obras sublimes, aunque nunca las hayan leído ni tampoco pudieran compren-

derlas; otros, en fin,—y estos son los peores—se tienen detrás de su mostrador, por infinitamente superiores á los hijos del país, porque sus padres lo conquistaron un día, y sin acordarse de que con posterioridad fueron vergonzosamente espulsados del mismo, todavía andan por México con paso de dominador, soñando encontrarse en “su colonia.”

Por regla general todos esos huéspedes quieren tratar á los amos de la casa como á sus criados; creen honrarlos mucho, si vienen á este país á hacerse en él ricos y poderosos; y es demasiado natural, que por estos motivos, la simpatía con que al principio fueron recibidos, se convierta poco á poco en indiferencia y hasta en aversión. Y esto deberá suceder en tanto mayor grado, cuanto mas rápidamente adelantan los mexicanos en la vía del progreso y de las reformas, y cuanto mejor saben calificar lo poco que vale esa mayoría de los europeos que vienen acá.

Puede ser que los emigrantes que se dirigen á los Estados- Unidos se compongan igualmente en gran parte de las clases menos ilustradas de las sociedades europeas, pero por lo menos no se presentan allí con ridículas pretensiones. Muy al contrario anhelan como alto honor el de llamarse “*United States Citizens*” y ántes de buscar posada, y sabiendo decir apénas “*yes*” y “*well*” corren á la oficina respectiva para inscribir su nombre en el registro de los aspirantes á la ciudadanía americana, porque saben, que el pabellon de las rayas y de las estrellas los cubre con su poderosa proteccion de uno á otro polo; mientras que México es débil ahora, y aunque estamos en pleno siglo XIX, respecto á individuos como á naciones solo la fuerza da el respeto.

Habíamos oido comparar las aguas del Oceano Atlántico con las aguas bautismales, en cuanto á que lavan y borran todos los pecados cometidos en el otro continente; pero ignorábamos, que tienen además de esta virtud, la de dar instruccion y conocimientos. Esto es, sin embargo, lo que creen muchos de los extranjeros que vienen á la República. Aunque no hayan visto del mundo mas que el pueblo donde nacieron, aunque apénas sepan leer y escribir, ó que á lo sumo hayan aprendido las cuatro reglas, aunque todo su capital consista en el escísguo precio de su pasa-

ge ó que hayan venido como un bulto de mercancías consignados á una casa de comercio: al llegar á las playas de Veracruz se trasforman por medio de una metamórfosis, tan maravillosa como inexplicable, en hombres de mundo, en hombres de ciencia, y muy pronto serán tambien hombres de pesos y de peso. Al escuchar su conversacion, cree uno encontrarse con profundos políticos, con hábiles estratégicos, con consumados financieros: con tan soberano desden critican todo cuanto se hace en esta desgraciada República, que sin duda alguna marcharia mucho mejor, si el gobierno quisiera seguir los ilustrados consejos de hombres tan eminentes!

Pero no solo en conversaciones critican y calumnian á un país al que deben todo cuanto son, cuanto saben y cuanto tienen, sino que su ingratitud llega al extremo de mandar á Europa cartas y artículos y descripciones, llenas de las mas absurdas acusaciones contra los mexicanos, y de informes tan inexactos como malévolos, de modo que no tiene nada de extraño el que muchas personas en Europa, se figuren, que todavía nos paseamos aquí con un delantal de plumas por único vestido. No nos conceden ni una sola virtud en cambio de todos los vicios con que les place adornarnos, y si mencionan la innegable belleza y riqueza de este país, no es sino con el objeto de lamentar el que tan rico y hermoso patrimonio, haya caido en herencia á una nacion tan indigna de poseerlo. No admiten ni una sola circunstancia que pueda atenuar nuestras faltas. No se les ocurre nunca abrir la historia para ver si otros pueblos en iguales situaciones, no han cometido tan grandes ó tal vez mayores crímenes que los mexicanos.

Constituyéndose en jueces incesorables, pronuncian un fallo sin apelacion; y este fallo es el que no valemos nada, que somos incapaces de gobernarnos, y que por este motivo la culta Europa tiene el imprescindible deber de borrarlos de la lista de las naciones independientes.

No vacilamos, pues, en asegurar que los falsos informes de gran parte de los extranjeros residentes en México, así como sus reclamaciones, á menudo completamente injustas y casi siempre exageradas, nos han traído la intervencion; y si no se consigie-

ra hacer con las potencias invasoras un arreglo, sin menoscabo de la dignidad nacional, aunque satisfaciendo todas las pretensiones que sean justas y equitativas; si debiéramos tener guerra para rechazar la fuerza con la fuerza; si á pesar de las humanas y benévolas intenciones del Supremo Gobierno, y á pesar de la mansedumbre del carácter mexicano, esta misma guerra tragera consecuencias lamentables para esos hombres, á quienes la nacion ha calentado en su seno, y que en pago tratan de morderla y de matarla: de ellos seria la culpa. Ellos mismos habrian atraido sobre sus cabezas todas las desgracias que podrian sobrevenirles, y no tendrian derecho para quejarse.

Sin embargo, al hacer de muchos extranjeros residentes en la República un bosquejo tan poco favorable, pero desgraciadamente exacto, muy léjos ha estado de nuestro ánimo el querer demostrar la inconveniencia de la inmigracion europea. Al contrario, siempre hemos sido decididos defensores de la inmigracion, porque comprendemos, que para llevar al cabo la regeneracion que se está efectuando actualmente en el seno de nuestra trabajada sociedad, si bien es verdad que no necesitamos de que la *presidan impasibles* cinco comisarios de las potencias aliadas, al frente de doce mil hombres armados, necesitamos sí, que vengan una multitud de extranjeros pacíficos, trabajadores, de moralidad é ilustrados, para infiltrar en la nacion mexicana una nueva y vigorosa sávia de prosperidad y progreso.

Lo mismo mata la atrofia que la plétora: así un país puede perecer lo mismo por la falta que por el exceso de poblacion.

Que vengan, pues, extranjeros por millares y millones: la República es bastante vasta, y bastante rica, para mantener aun á un número cuatro veces mayor de habitantes del que ahora tiene; pero que no piensen en constituirse en esplotadores y despues en calumniadores; que no vengan, sobre todo, con el único obgeto de hacer aquí su fortuna, y regresar en seguida á su país natal, sino con el de establecerse entre nosotros para siempre y de hacerse ciudadanos mexicanos.

Bajo este respecto, son malas todas nuestras leyes que se han dado sobre colonizacion, porque no tratan de amalgamar el ele-

mento extranjero con el nacional. En nuestro concepto, el Supremo Gobierno debiera empeñarse: primero, en modificar todos los tratados internacionales, conforme á los términos del que últimamente ha sido celebrado con la Bélgica: "libertad de cultos como consecuencia de las Leyes de Reforma; *tratamiento nacional*;" y agregando, *la abolicion completa del llamado derecho de estrangeria*; segundo, en conceder toda clase de proteccion, franquicias y esenciones á los inmigrantes, pero con la espresa condicion, de que despues de haber residido en la República dos años sin interrupcion, saquen su carta de nacionalidad, escepto ciertos casos que la misma ley determinaria.

No pretendemos que los mexicanos tengan mas privilegios sobre los extranjeros que los que se refieren á sus derechos políticos, pero mucho menos que los extranjeros sean mas privilegiados que los mismos hijos del país. Que participen de nuestra fortuna, pero que lleven tambien iguales cargas.

Ojalá desaparezcan del todo esas odiosas distinciones entre mexicano y extranjero. Ojalá, así como el esclavo que pisa el suelo de la República, es libre, el extranjero al llegar á México se convierta desde luego en mexicano de corazon, y despues en mexicano de nacionalidad!

CAPITULO II.

CARGOS CONTRA MEXICO.

Ya conocemos la fuente bastante sospechosa é impura de que emana la mayor parte de los mentirosos informes que han engañado á la Europa, y traídonos la intervencion armada.

Hombres desagradecidos al país que les recibió con generosa hospitalidad, y al que deben su posición social y su fortuna; reclamantes desvergonzados, que elevan la voz al cielo, porque el Supremo Gobierno se negó á concederles por un miserable tenedon que les fué saqueado tal vez por una gavilla de ladrones, una indemnización de cien mil pesos; especuladores desalmados, en cuyo interés está promover continuos trastornos, y siempre nuevas y nuevas complicaciones, porque “á río revuelto ganancia de pescadores;” agiotistas atrevidos que han conseguido cubrir sus créditos fraudulentos y sus bonos desconceptuados con algun pabellon extranjero, mediante quizá gruesas gratificaciones dadas á aquellas personas cuya obligación era la de sostenerlo elevado y limpio, y que—¡oh vergüenza!—lo dejaron ensuciarse con semejante protección; y últimamente aquel ex-embajador, que herido en su vanidad y despechado por el justo castigo que le mereció su inoportuna inmixtion en los negocios del país, recita ante el senado español todo un rosario de mentiras: hé aquí representados bajo la luz de la verdad á nuestros calumniadores.

Y á esos malos extranjeros no puede servirles de disculpa el que algunos malos mexicanos, hijos bastardos de su patria, como un Gutierrez Estrada, un Almonte, un Miramon, hagan coro con ellos en este concierto de calumnias. Mas tarde ó mas temprano la vindicta pública los ha de alcanzar, y su ignominiosa muerte en un patíbulo enseñará al mundo como castigan las leyes mexicanas el horroroso crimen de la *traicion á la patria*. Para uno de esos hombres ha llegado ya el día de la justicia, aunque no sea todavía el de la justicia nacional, pues Miramon fué puesto preso por los ingleses en Veracruz, por el robo que con violacion de los sellos de la legacion británica cometió á fines de 1860.

Tampoco puede sorprendernos el ver filiado entre nuestros destructores á parte del clero mexicano, principalmente al de mas elevada gerarquía.

¿Quién fué el enemigo mas encarnizado de nuestra independencia?

¿Quién se empeñó constantemente en remachar las pesadas

cadenas que nos ligaban á la metrópoli, cuando un puñado de valientes concibió la grandiosa idea de romperlas?

¿Quién condenó en 1810 la doctrina de la soberanía del pueblo como una heregía?

¿Quién anatematizó desde la tribuna de la paz y del amor, á los insurgentes y celebró con *Te-Deums* las carnicerías de un Calleja?

¿Quién sentenció al último suplicio á los virtuosos curas Hidalgo, Matamoros y Morelos?

¡El clero y siempre el clero!

Ademas por su propia organización, con honrosas escepciones, antes de *mexicano* es *romano*, y este fenómeno lo observamos ahora igualmente en Italia y en Francia. El clérigo católico es siempre y en todas partes del mundo, primero hijo de la madre Iglesia, y despues, aunque no siempre, hijo de la madre patria. Roma es su capital, el Papa su soberano. Entre dos órdenes contradictorias, emanada una del gobierno de su país, y otra de la Silla Apostólica, un clérigo nunca vacila en acatar la *segunda*.

Es cierto, que por regla general los hombres se inclinan á dar mayor crédito á lo que se dice en contra que en favor de sus prógimos; pero que los gobiernos de tres naciones que se llaman ilustradas, cometan la misma falta, eso, sí, debe admirar mucho al hombre pensador. Y si aun en la vida privada se juzga de la certeza de un hecho por la confianza que nos inspira el carácter de la persona que nos lo contó: ¿porqué, antes de dar crédito á todas esas consejas que se vierten contra México, la Inglaterra, la Francia y la España no se informaron del carácter de sus informadores? ¿Deberémos aplicarles el versículo del salmista: “*Oculos habent et non videbunt, aures habent et non audient?*” ¿O les conviene acaso por ciertas miras políticas dejarse poner una venda sobre los ojos y taparse los oídos?

Pero aun en este caso nuestro deber es hacer todo lo posible para arrancarles esa venda, y obligarlos á que escuchen la voz imparcial de un mexicano amante de su país, presentando bajo su verdadero aspecto los cargos que contra nos formulan, y tra-

tando de desvanecerlos, ó por lo menos de atenuarlos, en cuanto tengan de infundado ó de ecsagerado.

Los mexicanos son incapaces de gobernarse, dicen, porque en los cuarenta años que llevan de ecsistencia como nacion independiente, no han logrado todavía constituirse sobre bases sólidas y duraderas. Pero ¿qué son cuarenta años en la vida de una nacion? Y por lo menos en los diferentes cambios de gobierno que ha habido en México, casi nunca hemos variado los principios fundamentales de nuestra organizacion política; no hemos pasado, como v. g. lo ha hecho la Francia en menos de un siglo, de la república una é indivisible al directorio, del directorio al consulado, del consulado al imperio, del imperio á la monarquía *per Dei gratiam*, de esta á la monarquía constitucional, de esta otra vez á la república, y de esta por fin á un segundo imperio, cuyas bases están tambien hoy día ya tan minadas, que tal vez antes de que acabe este año, el trono del 2 de Diciembre habrá sido derrumbado y hecho pedazos por una nueva revolucion socialista.

Por otra parte, ¿acaso nosotros no estamos ahora organizados? ¿No tenemos un código fundamental que se acata en toda la estension de la República, con escepcion de tres ó cuatro gavillas de foragidos que vagan por los montes, y que ciertamente un hombre sensato no considerará como representantes de un partido? ¿No tenemos á un presidente, legalmente electo por una inmensa mayoría de sus ciudadanos, y cuyos títulos son sin duda menos contestables que los que puede alegar en su favor el emperador Luis Napoleon?

Pero esos repetidos pronunciamientos, esos escandalosos motines militares, esas asonadas provocadas y dirigidas por unos cuantos ambiciosos!

En efecto los ha habido, y por desgracia nuestra, con demasiada frecuencia; pero bajo este respecto somos hijos de los españoles, y seria en verdad ridículo, que un padre ébrio quisiera regañar al hijo por haberse embriagado.

Decimos que los *ha habido*, pero ya no los habrá! El principio de legalidad que triunfó en Diciembre de 1860, despues de

una desesperada lucha de tres años, no podrá ya ser derrocado. La última tentativa que se hizo contra él, aunque no ya con las armas en la mano, sino por medio de la peticion de los 51, que con el carácter de particulares y no de diputados, solo hicieron uso de un derecho constitucional, y cuya tentativa fracasó completamente en todos los Estados de la Federacion, deberá haber convencido al mundo de que la época de los gobiernos *de hecho*, como fué el que reconoció ligeramente y sin criterio alguno la diplomacia europea en 1858, pasó para siempre jamas en esta República; mientras que nadie puede saber lo que trae en su seno la segunda mitad de este siglo para las carcomidas monarquías trasatlánticas!

Los reyes y príncipes creen haber inhumado muy bien al elemento democrático en sus estados; pero á cada estremecimiento que hace este Encelado moderno dentro de su tumba, se conmueve el mundo, pues indica que el gigante no ha muerto todavía, y no espera mas que un momento oportuno para resucitar en toda su fuerza, en todo su vigor, en toda su eterna juventud!

Que se retiren los invasores de nuestro territorio, en el que su presencia no hace mas que alentar esperanzas que ya estaban casi desvanecidas, de un corto número de bandoleros; y dentro de tres meses la Europa verá, que las fuerzas que hemos puesto sobre las armas para rechazar injustas pretensiones, habrán sido suficientes para dar á la República una paz octaviana desde el golfo de Cortés, hasta el cabo Catoche, desde Acapulco hasta Matamoros.

Los mexicanos son corrompidos y venales, gritan esos modelos de virtud y moralidad, que con admirable desprendimiento se contentan con hacerse en la República por medio de sus ruinosos contratos con el gobierno, y aprovechando los continuos apuros financieros del mismo, en el término de diez años un capitalito de diez millones.

Ah! somos venales, somos corrompidos! ¿y con esto formamos acaso una escepcion de todas las demas naciones en este siglo? ¿Por eso, sólo los mexicanos aparecemos como una mancha negra sobre la túnica blanca de la humanidad?— Ojalá fuera así.

Mas el culto del Becerro de oro, la adoracion del Dios *Dollar* es por desgracia demasiado general en este tiempo, y con razon rogamos y clamamos, nosotros los pobres desheredados, porque nos venga un nuevo Mesías con un nuevo evangelio de paz, de fraternidad y de igualdad, y que establezca nuevos fundamentos para esta corrompida sociedad.

Comprendemos, aunque no aprobamos, la aristocracia de la sangre, porque su principio "*Noblesse oblige*," es por lo menos noble y elevado; pero detestamos de todo nuestro corazon la aristocracia del dinero, que nunca se informa de los medios con que una fortuna ha sido ganada, y admite en su seno á un millonario, aunque de cada peso de sus millones goteen lágrimas y sangre.

El padre yankee dice á su hijo al despedirlo de la casa paterna, y en forma de bendicion:

"*Make money, my son, honestly, if you can, but in every case make money.*"

Haz fortuna, hijo mio, honradamente, si puedes; pero de cualquiera manera haz fortuna!

Hé aquí en pocas palabras el resúmen de la moral del siglo XIX, en América, como en Europa, en Inglaterra, Francia y España, como en México.

Empleos se compran, empleados se venden en repúblicas como en monarquías. Los Estados-Unidos aventajan en esto muy poco á la Rusia. El presidente democrático, así como el autócrata, no se atreven á destituir á todos sus servidores infieles y venales, porque temen no encontrar con quienes reemplazarlos!

La sociedad entera necesita regenerarse, y si el escandaloso proceso de *Teste-Cubières* apresuró la caida de Luis Felipe, la causa mas escandalosa todavía del banquero Mirés, la cual ha salpicado de lodo hasta á los personajes mas encumbrados de la Francia, tal vez no solo pronostica la caida de un trono, sino—¡y quiera Dios que sea así!—la de todo nuestro actual sistema social.

Por este motivo no vengais de allende el Atlántico á buscar la paja en nuestro ojo sin ver la viga que teneis en el vuestro!

Los mexicanos son cobardes. Alto ahí, calumniadores! Al hablar del carácter de toda una nacion, es preciso ser muy cir-

cunspecto, principalmente al atribuirle defectos. Sentamos por principio que en esa clase de apreciaciones todo juicio general es por esta misma circunstancia erróneo. Así es, que rechazamos indignados semejante calificacion.

Las tropas mexicanas han sido vencidas mas de una vez por tropas extranjeras; pero en muchas ocasiones, como v. g., en las memorables batallas de la Angostura, Churubusco y Molino del Rey, han sabido por lo menos batirse con denuedo, mereciendo los elogios de sus propios vencedores.—¡Honor al valor desgraciado! Mas aún, han triunfado en mil acciones gloriosas durante la lucha por la independendencia, y posteriormente en Tampico. Hay igualmente que tomar en cuenta, la desunion que con frecuencia ha reinado entre los gefes, impidiéndoles combinar sus movimientos y planes; así como nuestro defectuoso sistema de reclutamiento. Se necesita imperiosamente para tal y tal dia tal número de fuerzas, y no queda al gobierno otro arbitrio que reunir las de la manera que puede, ponerles el fusil en la mano y mandarlas al fuégo—aunque nunca hasta aquel dia hayan disparado un tiro.—¿En este caso es extraño, que no sepan resistir al empuge de soldados aguerridos y fogueados, buscando su salvacion en la fuga?

Sin embargo, las largas contiendas civiles no dejan de haber sido para nosotros una excelente escuela de guerra; y si tuviéramos que medir nuestras armas con las armas de los invasores, puede ser muy bien, que por la mejor organizacion, la mejor disciplina y la mejor calidad de armamento que reúnen los europeos, quedemos vencidos en una, dos ó tres batallas campales; pero quién sabe, si las mismas derrotas—como es natural—no nos enseñarian despues á vencer á nuestra vez!

Sobre todo, el amor á la patria nos dará el valor necesario—si no para vencer, por lo menos para morir; y que este noble sentimiento abrasa en efectó el pecho de cada mexicano, los mismos europeos deben reconocerlo al ver las entusiastas manifestaciones del espíritu público en toda la nacion, en favor de la independendencia y contra la injusta invasion, y la espontaneidad y unanimidad con que se apresta á la defensa de su territorio.—Aun-

que débil y desangrada por la larga serie de guerras civiles, apenas oyó el grito: "*La patria está en peligro,*" se ha levantado como un solo hombre para protegerla y defenderla.

"Somos tres potencias y de las mas poderosas del mundo, que hemos venido á imponeros nuestra voluntad," dicen la Inglaterra, la Francia y la España.

"No acostumbramos contar el número de nuestros contrarios, responderán todos los mexicanos, y sabremos cumplir con nuestro deber!"

Los mexicanos son indolentes y poco formales en el cumplimiento de su palabra.

Convenimos, aunque con cierta reserva, en que nos falta esa actividad, esa indomable energía que caracteriza á nuestros vecinos de la raza anglo-sajona, los cuales, despues de comenzada no desisten de una empresa por mas árdua que se les vuelva. Nos gusta la molicie; nos entregamos con placer al "*dolce far niente,*" pero preciso es no olvidar tampoco, que vivimos bajo un temperamento tan templado y blando, que necesariamente enerva en algo al hombre, en una tierra tan pródiga, que casi sin necesidad de trabajo nos da los alimentos suficientes: acusen, pues, mas bien, á este clima, á esta tierra y no al hombre que no puede menos de resentirse de sus efectos.

Creemos, sin embargo, que la fatal palabra "*mañana,*" rémora de nuestros adelantos, se oirá cada dia menos, y que por el contacto con estrangeros trabajadores y activos, aprenderemos á sustituirla por el "*Time is money*" del americano.

La falta de formalidad en los mexicanos, — aunque impresiona mal al estranero — no es sino la ecsageracion, la sombra por decirlo así, de otra cualidad muy bella que posee, de su genial política y amabilidad. No sabe decir "*no,*" y por el deseo de complacer se espone á quedar mal despues con su promesa.

Tampoco negarémos, que nuestra administracion pública necesita grandes reformas, que nuestra hacienda es un caos, y careciendo absolutamente de sistema, se contenta con reunir penosamente hoy las cantidades necesarias para pasar el dia de mañana; que nuestra administracion de justicia es lenta y compli-

cada por la falta de códigos; que nuestra industria no toma todavía gran vuelo; que nuestra organizacion militar es bastante viciosa; pero todos estos defectos no son sino consecuencias inevitables de nuestras continuas guerras civiles, y ya hemos dicho, que estas no han sido mas que las tormentas necesarias para purificar el ambiente de la República de los miasmas coloniales.

En todas partes del mundo las mismas causas han producido iguales efectos.

Entre la infinidad de hechos que pudiéramos citar para comprobar esta asercion, nos limitarémos á extractar algunos pasajes del informe que dirigió el general Dumas al Comité de Salud pública en el año II de la república francesa, al recibirse del mando en jefe del egército de operaciones sobre los realistas en la Vendée, y nos admirarémos al ver, qué clase de tropas eran las que Napoleon supo despues organizar, disciplinar y moralizar para recorrer con ellas de victoria en victoria toda la Europa y parte del Africa y del Asia.

Leemos en dicho informe lo siguiente: "Y bien, es necesario decirlo: no hay en el egército del Oeste casi ningun ramo, ya sea militar, ya administrativo, que no ecsija la mano severa de la reforma. Los batallones no tienen fuerza. Los antiguos cuadros han quedado reducidos á 150 hombres.

"Por ello podreis juzgar de la gran cantidad de reclutas que acaban de recibirse, de la nulidad de los batallones, cuya parte útil se encuentra paralizada por la inespierencia de la mayoría, en tanto que la falta de instruccion de los oficiales no me deja la esperanza de formar hombres nuevos.

"Pero no está en esto todo el mal. Está sobre todo en el espíritu de indisciplina y pillage que reina en el egército, espíritu producido por la costumbre y alimentado por la impunidad. Este espíritu está llevado hasta tal punto, que me atrevo á aseguráros ser imposible contenerle, como no se envíe á los cuerpos que están aquí, á otros puntos, reemplazándolos en éste con tropas acostumbradas á la subordinacion.

"Para convenceros de esta verdad, basta decir, que los gefes han sido amenazados de ser fusilados por sus mismos soldados, por

haber querido impedir el pillage en virtud de una órden dada por mí! A primera vista os admiraréis de estos excesos; pero bien pronto cesará vuestra admiracion, si reflexionais, que es una consecuencia necesaria del sistema seguido en esta guerra hasta hoy. Una vez impreso el movimiento de robo y pillage, es difícil contenerlo. Demasiado bien sabeis, ciudadanos representantes, que la Vendée ha sido tratada como una ciudad tomada por asalto. *No se ha hecho en ella mas que saquear, robar y quemar.*

..... "Así en último análisis, he encontrado muy pocos oficiales capaces de cumplir con sus deberes. La organizacion es generalmente mala, y reina en todo el ejército un abandono y un espíritu de indisciplina y de pillaje lamentable. No hay ninguna actividad ni instruccion. He llegado de noche hasta en medio de los campamentos, no solo sin haber sido reconocido, sino aun sin ser notada mi presencia. Como pueden admirar, en vista de esto, las derrotas que recientemente hemos experimentado!

"Y precisamente nunca son mas necesarias las virtudes militares como durante las guerras civiles. Sin ellas no puede haber obediencia á las órdenes emitidas por un gefe, ni convencer á los habitantes del pais de la justicia que las ha dictado, cuando la justicia se ve hollada por las mismas tropas. Mal puede convencerse al pueblo del respeto de un gefe hácia las propiedades y hácia las personas, cuando los hombres encargados de proclamar este respeto, saquean y asesinan pública é impunemente.

"Al cambiar de sistema debemos cambiar de hombres, y es tanto mas urgente el que se apoyen los principios en saludables ejemplos, cuanto que los habitantes de este pais han sido engañados muchas veces con esperanzas frustradas, y mas de una vez se han violado las promesas que se les habian hecho."

Los medios que propone en seguida el general Dumas, para la reforma del ejército de la Vendée como entre otros, "la renovacion escrupulosa de los oficiales por hombres instruidos en la escuela de la esperiencia, probos, peritos y acostumbrados á mantener la mas rigurosa disciplina," los está poniendo en práctica

ahora mismo, y con el mejor éxito, el general Uruga, aunque la pintura que antecede dista mucho de ser aplicable en todos sus detalles al ejército mexicano.

Que se establezca por fin entre nosotros una paz sólida y duradera sobre las bases de la Constitucion y Leyes de Reforma, con generoso perdon para las personas extraviadas y sinceramente arrepentidas, pero sin la menor tentativa de una fusion imposible de ideas opuestas; que se contenten las potencias aliadas con el saludable efecto que ha producido su presencia en nuestro territorio, cual es el de haberse reunido la inmensa mayoría de los mexicanos en derredor de la bandera nacional,—si efectivamente sus miras son tan desinteresadas y magnánimas como dicen,— y tras de la paz vendrá la prosperidad, y con ella todas las reformas administrativas que tanto deseamos, así como la estirpacion paulatina de ciertos vicios inveterados, como v. g. la del cáncer de la empleomania, pues léjos de que los hombres libres anhelan entonces destinos del gobierno, sugetándose á una especie de servidumbre, preferirán hacerse independientes por medio de su propio trabajo!—

Otros muchos cargos podriamos desvanecer ó atenuar de la misma manera que lo hemos hecho con algunos, probando si nó su absoluta inexactitud, por lo ménos su exageracion, pero tememos habernos estendido ya demasiado en esta parte, y pasaremos á ocuparnos ahora en rectificar los pretextos que alegan las potencias aliadas para brindarnos con su intervencion, "*una ancora de salvacion en la deshecha tormenta que venimos corriendo!*"